DIOSES AMERICANOS.

I.

DIOSES MEJICANOS.

Examinando los medios gráficos de expresar ideas que tenían los americanos, se encuentran: ya kriológicos ya trópicos como los egipcios, cifras simbólicas que expresan palabras enteras como los caracteres chinos, cifras silabarias como las de los tártaros mantchues, en las que las vocales forman un solo cuerpo con las consonantes, algo en fin, que parece marcar el tránsito del geroglífico á la escritura, pero que no llega nunca al alfabeto, que ningún pueblo de la América conoció, al parecer. Es verdad que se ha dicho que el P. Narciso Gilbar vió leer por un libro en 4.º como los nuestros á un indio viejo rodeado de otros jóvenes, y que, habiendo podido conseguirlo, lo mandó á Lima, al P. Cisneros, en cuyo poder se extravió. Eran indios panos á orillas del Ucayal, en la embocadura del Sarayacu, al Norte. La semejanza de ese libro en 4.º con los nuestros, hace desaparecer toda sospecha de que fuese resto de una civilización ante-

rior americana como se ha supuesto, aunque no pruebe nada en contra de ella. En cambio, la inscripción de Dighton, á doce leguas de Boston, igual á las que se ven en las rocas de Noruega, unida á la tradición de los naturales, de que hombres blancos en casas de madera subieron por el río y después de vencer á los indios gravaron aquellos signos, confirman las relaciones y el comercio de peletería, sostenido por los escandinavos hasta el siglo XII, con la América del Norte.

En las riberas del Caura, peñascos elevadísimos están esculpidos con figuras de animales, del sol, de la luna y geroglíficos. Los cráneos americanos examinados por el Dr. Waren, de Boston, en sepulcros antiguos, parecen de una raza superior á la actual, si bien inferior á la europea. Los adornos de los túmulos son semejantes á los de la India. Entre los japoneses y los naturales de Bogotá hay grandes conexiones; en los dos idiomas falta la letra *l;* se visten de algodón; sus calendarios tienen los mismos ciclos de números y días, y el período de sesenta años.

Ruinas antiquísimas se extienden en América, desde el estado de N. York, á lo largo de los Alleganis, al Occidente. Al Sur, se dirigen á la Georgía oriental hasta el Occéano, en la parte más meridional de la Florida; al Occidente, hasta más allá de las fuentes del Missisipí, y siempre á orillas de los ríos, pero no tocan al Atlántico, ni llegan al Pacífico, ni á los paises fríos. Inmensos bosques se han renovado dos veces encima de ellas. Todo indica que son anteriores á la raza actual. El paso de las razas de Asia á América debió haberse efectuado antes de la abertura del estrecho de Behering, cuando acaso los dos continentes estaban unidos. No puede verse la dirección de las islas Alencias, formando una especie de compuertas que cierran á medias el mar de Behering, sin convencerse de que

hubo un tiempo en que estas islas formaron las más altas cimas de una cordillera que sirvió de unión á los dos continentes. El paso era fácil entonces por donde están hoy las islas Kurilas y las de Yeso, desde la Mongolia actual, sin subir á los climas helados del Norte.

El hundimiento de todo este país que enlazaba las dos partes del mundo, no tiene nada de extraño si se considera, que América estuvo expuesta á grandes trastornos geológicos desde el origen y que sucesos, como el de la noche del 23 de Enero de 1663 en que toda ella se conmovió experimentando treinta y dos sacudidas de terremoto, pudieron tener un resultado más decisivo en la transformación del continente en otro tiempo. La circunstancia de haberse encontrado bastante diferencia entre la flora y la fauna americanas y asiáticas, y la falta de nuestros animales domésticos allí, hacen presumir un período de aislamiento enormemente largo, necesario para que las especies hubiesen tenido tiempo de variar, hasta el punto de no poder ser ya clasificadas con sus antiguas parientes de Europa y Asia. ¡A qué época remota no se elevarán, pues, esas tradiciones americanas que revelan un origen común con las del viejo mundo!

Los imperios civilizados que encontramos en América, son restos probablemente de una civilización primitiva, representada por las grandes ruinas, y que debió tener un mismo origen con las civilizaciones del mundo antiguo, egipcia, asiria, etrusca, china, separadas por las emigraciones y haciendo después el resto de su evolución á parte. Sólo así se explican los grandes parecidos y las conexiones que entre ellas se observan. ¿Cómo serían posibles, si no, costumbres como esta, por ejemplo: el emperador de la China y el Inca del Perú arando la tierra en la misma festividad del año para inaugurar los trabajos de la agricultura?

Los monumentos prueban también la identidad original de las civilizaciones en una época que no es posible fijar, pero de cuya altísima antigüedad nos da una idea la variación de las especies en los dos mundos.

Existía la tradición de que la pirámide de Cholula, doble en su base que la de Cheops, aunque mucho más baja, fuera construida por siete hombres solos, salvados del diluvio; pero que los dioses, irritados por esta construcción que debía tocar las nubes ó llegar al cielo, como la torre de Babel, fulminaron sus rayos sobre ella, y por eso se quedó incompleta.

En las ruinas de Culuakan ó de Palenke que ocupan ocho leguas de extensión, los sepulcros son tumbas cónicas, verdaderas pirámides, como en Egipto, que cubren vastos subterráneos. Sobre un terrado de sesenta piés de elevación hay un edificio de raro estilo, entre gótico y morisco, que tiene en medio una torre de pisos en disminución que debió ser altísima. Los bajos relieves dejan conocer los ritos funerales. El cadáver se ponía en las hogueras con sus armas, sacrificando allí las esposas y los esclavos. Hay otros que parecen ritos de iniciación. Pero lo que causó más sorpresa á la comisión enviada por Carlos IV á las órdenes de Dupaix para explorar las ruinas, fué un cuadro donde, en medio de geroglíficos, se ven el escarabajo y la T, tan frecuentes en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina, de cuyos brazos pende una especie de palma enroscada, con un gallo encima. A la derecha, hay un sacerdote que ofrece un vaso de flores, y á la izquierda, una mujer, con tiara á la egipcia, que presenta un niño acostado en una cesta de mimbres. ¿Cómo explicar este hallazgo sorprendente en el corazón de la América, en una ciudad enterrada después de tantos siglos? ¿No parecen esos los símbolos de la Pasión? ¿Por qué visión profética se fijaron en el cuadro de

Palenke? ¿O será la cruz emblema de una religión primitiva?

Hay noticia, en el mundo antiguo, de la cruz que señalaban en el aire los sacerdotes etruscos, apuntando con sus bastones á los cuatro puntos cardinales del espacio, residencia del espíritu, habitación de los vientos. Esta cruz circunscripta por el círculo que representaba el universo, pero incluida en él, representaba el conjunto de las cosas, el infinito, el espacio, el soplo, el espíritu, la vida, todo. Es la cruz, por lo visto, el símbolo más antiguo de la vida, originada en el soplo universal, é individualizada en la respiración de los seres.

Mr. Martillet (1) ha probado en su libro, *El signo de la cruz*, que esta señal era usada como un emblema religioso en una porción de pueblos europeos, asiáticos y africanos, antes del cristianismo.

El séptimo rey del noveno *Ki* en China, se lee en la obra de Pauthier, se llamó *Hien-Yuen* por haber hecho la balanza «poniendo juntos dos trozos de madera, el uno derecho y el otro al través, á fin de honrar al Altísimo.»

«El símbolo supremo fué siempre la cruz, dice Cantú (2), en su *Historia universal*, «ésta se halla muy frecuentemente en Egipto como signo heriático de la vida; como signo de salvación fué trazada en la frente de los arrepentidos de Jerusalén (Ezequiel IX); en Palenke, ciudad mejicana, tan antigua que ni siquiera los primeros conquistadores tuvieron conocimiento de ella, se la encontró colocada en el santuario como objeto de culto.»

---

(1) M. G. Martillet. *Le signe de la croix avant le cristianisme.* I Vol. in 8. París, 1866.

(2) *Historia universal*, t.º 7.º, pág. 676.

Se nos figura que el nombre de la cruz ha de ser también onomatopéico. Hemos visto ya, cómo la palabra que expresa el color verde adquirió en los idiomas germánicos los sonidos *green*, *grow*, etc., procedentes de la contracción del *bero*, expresando en un principio las ideas de creación, desarrollo y crecimiento vegetal, caracterizados por el color verde de las hojas y hierbas, y designando en fin este color, con la misma onomatopeya, por analogía y asociación de ideas. El espacio, residencia del espíritu ó del soplo en sus cuatro puntos cardinales, que lo abarcan todo, circunscriptos en un círculo imaginario, considerado como universo viviente y animado, debió ser conocido en el origen con el nombre de la divinidad: *Bero-ja*.

Es una prueba de esto, la concepción que se formaban de sus grandes dioses: Pardjania, Zeus, Elohin, Belo, Indra, el *Omphalos*, que todos representaban, además de su carácter especial, el espacio universal y aéreo. La forma primitiva *Bero-ja*, pasa, por contracción, á *Bro-j-a* y *Grox-a*, y por último, á *Crux* latina y Cruz en español. En todo caso, si su etimología se quisiera traer de su aplicación á instrumento de patíbulo, sería lo mismo: Patíbulo, *Gabal-us* en latín: *Jabar*=*Jaber*, otro término evolutivo de las onomatopeyas como Crux: álito vital; sin expresar si era para conservarlo ó para perderlo; pero en la lengua primitiva, acaso el acento ó la manera de decir expresaba la diferencia, como en chino. La idea que se quería indicar con las palabras *Gabal-us* ó *Crux*, era la de rendir ó entregar el espíritu vital, como ahora decimos espirar por morir. Son dos evoluciones de una misma idea y de un mismo nombre primitivo. La cruz fué, pues, símbolo del espíritu ó del soplo, y figura de sus cuatro puntos cardinales, y como tal, emblema de la vida y de la muerte.

Los aztecas y toltecas no conservaban memoria alguna de tales monumentos, ni tenían noticia de la ciudad enterrada por las lianas de tal modo, que gran número de trabajadores, empleando el hierro y el fuego, sólo pudieron descubrir quince edificios en treinta y cinco semanas. Waldeck (1), ha descripto otras ruinas, más admirables aun, del Yucatan y de Itzalan.

Uno de los siete que, según la tradición, edificaron la pirámide de Cholula, se llamaba *Xelua*, (Ha-er,?) (2) y el canto que los cholulanos entonaban alrededor de la pirámide, acababa en estas palabras: *Tullaniam hululaez*, que no son de ningún idioma mejicano y que se parecen á nuestro Aleluya.

Ciertas ceremonias y creencias de las religiones americanas dejaron absortos á los religiosos españoles por su gran parecido con el catolicismo. Este fragmento de exhortación de un sacerdote mejicano á un penitente nos ha sido conservado por el P. Sahagún: «Hermano, ¿me has ocultado tal vez alguno de esos pecados tan graves, horribles y vergonzosos que el cielo, la tierra y el infierno saben ya, y que infestan el mundo del uno al otro confín?» «Te has presentado al Señor nuestro clementísimo, protector de todos, á quien has ofendido, cuya cólera has provocado, y que mañana ó pasado te sacará de este mundo y te enviará á la mansión universal del infierno?»..... En conclusión te digo que limpies las inmundicias y el muladar de tu casa, que te purifiques y des una fiesta á los sacerdotes para cantar alabanzas al Señor. Harás también penitencia trabajando un año ó más en la casa del Señor.»

Las mismas palabras y el mismo estilo que un indio

---

(1) *Boletín de la Sociedad de Geografía*, 1835.
(2) Manuscrito de Pedro de los Ríos, en el Vaticano.

mejicano puede escuchar de un sacerdote católico. Esto, la comunión del Perú, que obligaba á decir á Acosta que había sido una falsificación de Satanás en odio á los Sacramentos de la Iglesia, y el Bautismo que se aplicaba á los niños al nacer, hizo suponer á Cieza de León, á Herrera y á Piedra Hita, que el Apóstol San Bartolomé había estado en América.

Era preciso inventar algún recurso para dar razón de tantas semejanzas, porque hasta una tribu de gaspesianos en el Canadá adoraba la *Cruz* y designaba la dirección de los vientos, á la llegada de los europeos.

En la colección de Mendoza pueden verse las ceremonias que se ejecutaban en Méjico al nacimiento de un niño: «la partera invocando al dios *Ome-t-vetli*, y á la diosa *Omecihualt*, (*Om-t-vel-t?*) dioses de la reproducción ó de la fecundidad, arrojaba agua sobre la frente y el pecho del recien nacido, recitando oraciones (1): El agua purificaba el alma. La comadre hacía aproximar á los niños que habían de ponerle nombre. En algunas provincias se encendía *fuego* y se figuraba que se pasaba por las llamas la criatura.

Debemos ahora advertir, antes de entrar en el examen de los nombres, que la lengua de los aztecas carece de *b*, *d*, *f*, *g*, *r*, *s*, y que la *t* representa en cambio un gran papel, como eufónica y letra de enlace, en todos los casos en que esta lengua compone, de varios nombres, uno sólo. Es la *t* el sonido preferente de los mejicanos, y la que hace sus palabras de difícil pronunciación, aunque ellos pasaban rápidamente sobre ella y apenas se notaba.

Por de pronto diremos que los nobles se llamaban *Pilleos*, nombre que, atendiendo á cuanto hemos dicho

(1) *Clavijero*, t.º 2.º, pág. 86.

ya respecto á la antigua costumbre de los sacerdotes y de los grandes, consistente en apropiarse los nombres divinos, no puede menos de ser onomatopéico. *Pilleos* ó *Pileos*, *Bel-he-os* (Ber-he-os), los grandes, los de origen celeste, los venerables, como los aryas. No se puede tener gran confianza en el modo de escribir hoy los nombres de los dioses mejicanos. Se sabe que no tenían verdadero abecedario, y que la pronunciación tradicional era el todo en esta clase de nombres. *Vitzilipotli*, por ejemplo, debía tener una pronunciación muchísimo más sencilla que la que suponen tantas letras, agrupadas después por historiadores que nunca lo oyeron pronunciar de labios mejicanos. Nosotros preferimos la clara ortografía que da de este nombre Bernal Díaz del Castillo, por parecernos que es el único historiador que tuvo ocasión de oir el nombre del Dios en boca de los nobles y del pueblo, y que pudo rendir fielmente su pronunciación en esta forma: *Huchilobos*, si bien preocupado, acaso, por el parecido de la segunda parte con la palabra española *lobos*. El nombre, en nuestro concepto, podría pronunciarse así: *Huitz-elo-huotz-elo*, pasando sobre esta última rápidamente, y sonando de este modo á los soldados españoles, *Huchilobos*, y aproximándose al mismo tiempo á esta forma: *Huitz-ilo-pozt-li*, como otros escriben. Como quiera que se considere, este nombre no debió ser en el origen más que una reduplicación de las dos onomatopeyas *Ah* ó *ach-elo*, *ach-elo* con la *t* mejicana de enlace.

Huitzilopotzli, además de dios de la guerra y personificación del sol, era el principio creador también, á juzgar por su imagen y su culto. Era representado con figura humana, sentado sobre una bola azul, que llamaban cielo, de cuyos cuatro lados salían cuatro serpientes, símbolos de la vida. Cubría su cabeza un

pájaro de hermosas plumas, con la cresta y el pico de oro; en una de sus manos tenía enroscada una culebra y en otra cuatro flechas, que se creía bajadas del cielo. El rostro, de una severidad horrible, tenía la frente y la naríz pintada de azul también, como para indicar mejor que era el cielo. Llevaba además una rodela con cinco *plumajes blancos*, dice Solís, puestos en cruz. El carácter de dios cielo, segunda etapa, en la asociación de ideas, de los dioses creadores, está, pues, bien marcado en *Huitzilopoztli*. ¿Cómo no había de tener por nombre las onomatopeyas?

Pero hay más, y es esta una prueba decisiva. Otro dios, ó mejor dicho, otra persona, pero el mismo dios bajo una forma enteramente igual, que pasaba por hermano, compañero y amigo suyo, idéntico á él, con uniforme voluntad, hasta el punto que se acudía á entrambos con una sola víctima y un ruego; en fin, otro él, tenía un departamento igual al suyo en el mismo templo; su nombre era *T-laloch*, forma perfectamente conservada, como se ve: *T-era-ero*, con la espiración.

El dios del bien era *Teotl*, enemigo de *Tlecatecolotle*, que premiaba ó castigaba por medio de la transmigración del alma, como Brahma. Si se suprimen las *t t* y se convierten las *l l* en *r r*, estos nombres reproducen las onomatopeyas en su primitivo estado.

El mito de *Quetzalcoatl*, que tanto chocaba á *Humboldt* á causa de su papel de instructor y moralizador, y sobre todo, por su representación como hombre blanco y barbudo, merecería un capítulo aparte, que no ponemos aquí por separarse del plan que nos hemos propuesto. Sólo indicaremos que es, en nuestro concepto, un mito moderno y personal, fundado sobre otro primitivo, aunque digno por su extrañeza de un detenido estudio, y que tenemos motivos para

sospechar que acaso el islandés Biorn Abramson representó un papel divino entre los antepasados de los aztecas, cuando vivían en el país de las aguas, es decir, donde están los grandes lagos del Canadá.

II.

DIOSES ARAUCANOS.

Un canto de los montañeses armenios en que todavía celebran al antiguo dios *Vahakn*, sin darse cuenta de ello, dice así: «Engendraba la tierra, engendraba el cielo, engendraba el agua de color purpúreo. Los dolores de parto atormentaban también á la caña encarnada. Desprendíase de su extremidad el humo y luégo apareció la llama y de ésta brotó un joven de rubia cabellera. La llama envolvió sus rizos y su barba. Sus ojos y sus párpados eran dos soles.»

Este fuego eterno, origen de todo, productor de la vida, por medio del calor, es adorado en abstracto, como ente metafísico universal y bajo la figura de sus manifestaciones el sol y la luna, en los imperios americanos lo mismo que en el antiguo mundo.

Los araucanos ó moluches, como ellos se llaman, la raza heróica que tanto dió que hacer á los españoles, son de cara chata, pómulos salientes, mirada feroz, rojiza ó bronceada tez, naríz corta, barba sin pelo, larga y lasa cabellera; cualquiera al verlos los toma por mongoles. Es el Araucano la mejor prueba de las emigraciones asiáticas por el Kamtchatka á América. Gomara suponía á los americanos oriundos de Canaán, Adar, de la India, Huet y Kircher, de Egipto, Campomanes, de los cartagineses, otros, de los hunos, de los japoneses, etc. Humboldt cree con razón que se separaron pronto del tronco común conservando las tradiciones primitivas y que penetraron en América por